

Rodrigo Vera

El sub- y el metarrelato arquitectónico

Story-time, de Mark Wigley, despliega una serie de argumentos en los que la narrativa ocupa un lugar preponderante en el trabajo arquitectónico. Ya sea a propósito de los relatos de los que se valen los arquitectos para legitimar sus prácticas o de la dimensión discursiva de la propia disciplina, la narrativa aparece como un espacio perfectamente acoplado a los dominios de la arquitectura. En esta breve intervención quiero cuestionar ese acoplamiento y proponer otros ángulos de mira desde los márgenes de la narrativa, unos que busquen sacar a la arquitectura fuera del cerco disciplinario.

Un primer paso en esa dirección pasa por anotar que la idea según la cual «la arquitectura es solo un relato sobre la construcción» participa, a su vez, de un metarrelato cuyos mecanismos de legitimación exceden el campo de la arquitectura. Desde el auge del posestructuralismo en la década de 1960, la filosofía ha

tomado prestados los hallazgos de la semiología para reducir todo saber disciplinario a un sistema de signos en permanente reconfiguración, esto es, a un lenguaje. Esta es la gran narrativa posmoderna a la que Wigley se adhiere en su texto. Como ha anotado Kojin Karatani, el auge del posmodernismo marca la transición de la primacía de metáforas arquitectónicas desde Platón y luego Descartes, Kant o Hegel (la expresión de una voluntad de construir un edificio de conocimientos sólidos) hasta la metáfora textual o incluso literaria, atendiendo al poder ficcional de esos relatos, en figuras como Roland Barthes, Jacques Derrida o Richard Rorty (1995: 32).

En la ruta de Wigley, abordar el objeto arquitectónico desde este paradigma equivale a decir que un edificio no es en sí mismo nada sino lo que se dice de él. Por supuesto, la cara ideológica de ello se revela en el

↓ *The continuous monument* consiste en un fotomontaje que muestra una megaestructura de hormigón y acero alzada y extendida horizontalmente sobre la ciudad de Manhattan. Esta estructura ficticia estaría diseñada para que, en un tiempo futuro, cubra toda la superficie del planeta.



SUPERSTUDIO, *The continuous monument*



«Abordar el objeto arquitectónico desde este paradigma equivale a decir que un edificio no es en sí mismo nada sino lo que se dice de él. La cara ideológica de ello se revela en el hecho de que lo que se dice (el texto) está siempre regulado por el marco institucional desde el cual se dice (el con-texto)».

hecho de que lo que se dice (el texto) está siempre regulado por el marco institucional desde el cual se dice (el con-texto). Este parece ser el sentido detrás de la afirmación según la cual «la cuestión es la política del discurso en sí mismo más que el discurso sobre la política». De acuerdo con esto, la pregunta por la arquitectura no es más la pregunta por el objeto arquitectónico, por su esencialidad o naturaleza última. Tampoco sería, como a ratos parece sugerir Wigley, aquella dirigida a identificar la voz detrás de los relatos. La pregunta por quién habla corre el riesgo de otorgarle una fantasía de autoridad al autor de las narraciones o, más aún, al objeto al que estas se refieren. Este es el principio desde el cual tanto al arquitecto (el autor) como su objeto construido (el edificio-discurso) devienen fetiches a los ojos del usuario, desactivando con ello toda potencia crítica relativa a la disciplina. Por debajo de estas interrogantes habría que considerar que el poder del habla —y, correlativo a ello, la posibilidad de su escucha— no le es dado al arquitecto como una entidad a priori en la que la palabra —su significado y valor— aparece ya formada en la voz que lo reproduce. Este es sin duda un terreno de disputa que excede al sujeto del relato o a la calidad intrínseca de lo relatado. Quizás aquí resida la principal advertencia frente al riesgo de convertir el discurso arquitectónico en una cháchara vaciada de sentido.

Ahora bien: acaso la idea más provocadora del texto de Wigley es la que sostiene que a pesar de que la arquitectura no es más que un discurso sobre la construcción, «hay algo en la construcción que supuestamente precede al discurso», lo que lleva a considerar una dimensión pre-cultural en los edificios. Por paradójico que parezca, esta idea restituye, a su vez, la creencia de que «hay algo en los edificios que habla», siendo este *algo* independiente del discurso que los refiere. La dimensión

pre-discursiva del habla nos llevaría a plantear una suerte de subrelato que redefine la relación entre narrativa y arquitectura hasta aquí planteada.

El historiador Karl Schlogel ha escrito que «uno puede contar historias que se despliegan, se desarrollan, tienen principio y final. Pero no puede contar un espacio, tan solo darlo a ver. Describir un lugar ha de corresponderse por fuerza con lo yuxtapuesto, no con lo sucesivo» (2007: 53). De acuerdo con esa ruta, lo que hacemos al narrar un espacio es precisamente temporalizarlo, configurar sus partes según el orden de lo sucesivo. En su dimensión discursiva, la arquitectura participa en este juego temporal: los bocetos iniciales, el diseño proyectivo, las maquetas, la supervisión de una obra, son todas tareas al servicio de un resultado, medios para un fin determinado.^[uno] Esta es la narrativa cómplice de la temporalidad de la arquitectura o, lo que es lo mismo, de la espacialidad narrada. Pero eso que la arquitectura dice, sin subsumirse plenamente en el discurso, es decir, en el tiempo, es más parecido al espacio indecible del que nos habla Schlogel.

Aquí es donde se puede convocar otra forma de abordar el lenguaje, una menos permeable a la transacción comunicativa, una lengua que transcurra *por debajo* de lo propiamente decible del objeto arquitectónico y que se avenga más bien con aquello que la expectativa del diseño no puede nunca satisfacer. La poesía, ha señalado Anne Carson en una reciente entrevista, es el espacio que hay entre dos realidades, precisamente ese vacío que el arquitecto modula sin *realizarlo*. Esa no-realización de lo que hay entre dos volúmenes es lo que posibilita, sin embargo, el habitar vivo de un espacio, variable ciertamente ausente en el análisis de Wigley. La poesía sería, en esa ruta, la respuesta del habitar al mandato narrativo del diseño, un subrelato en el que la lengua habla anónima desde *otra parte*, lejos o demasiado cerca de la arquitectura.

Bibliografía

- Karatani, Kojin (1995). *Architecture as metaphor. Language, number, money*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Schlogel, Karl (2007). *En el espacio leemos el tiempo: sobre historia de la civilización y geopolítica*. Madrid: Siruela.

[uno] A contracorriente de esta idea tenemos la amplia tradición del antidiseño arquitectónico: desde las cárceles imaginarias de Giambattista Piranesi y las arquitecturas visionarias de Étienne-Louis Boullée o de Claude-Nicolas Ledoux hasta los diagramas de Cedric Price, Constant, Zaha Hadid y los italianos de Archigram o Superstudio. Se trata, en estos casos, de una arquitectura para ser pensada antes que construida. Liberando al proyecto de su realización, la arquitectura se despliega aquí únicamente en el espacio del lenguaje —gráfico o verbal—, habitualmente puesto al servicio del objeto construido.